




Taller de Ciencia para Jóvenes

7 de agosto de 2012

San Cristóbal de las Casas,
Chiapas

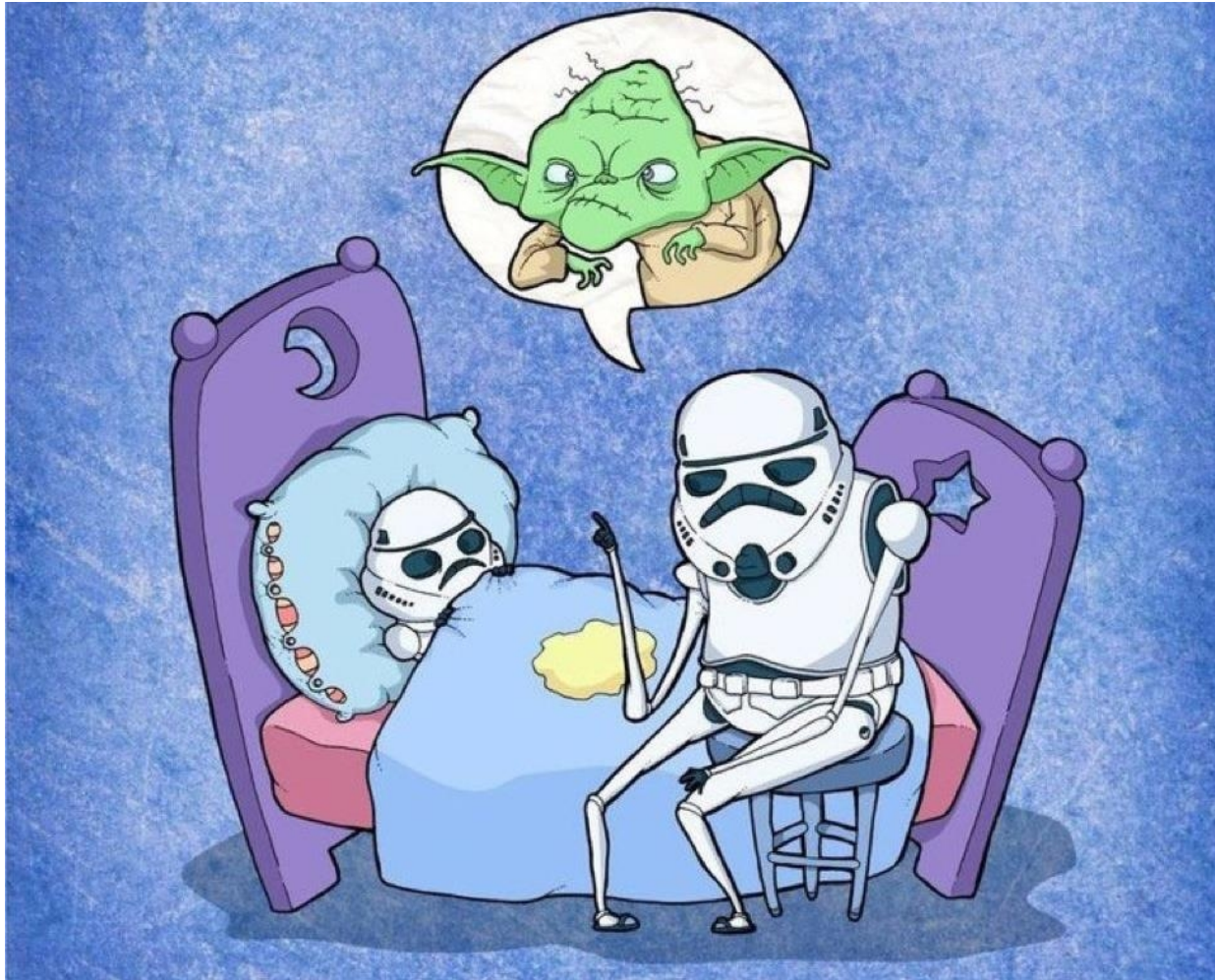


A close-up photograph of a green katydid (Orthoptera) perched on a green leaf. The katydid has a distinctive blueish-grey patch on its head and two large, bright pink eyes. Its long, green legs are visible, and it appears to be eating the leaf. The background is dark and out of focus.

por Juan Francisco Barrera
Julio de 2012

Ser Entomólogo

Mi padre era un maestro de la narración: cuando niños, antes de dormir, nos relataba aquellos cuentos legendarios que mantenían nuestra atención prendida de un hilo de principio a fin.





Nos gustaba mucho aquel relato sobre un oso enorme que raptaba a dos niños en la orilla de un río.

En la penumbra de nuestra
habitación, imaginábamos la
huída del oso con los niños a
cuestas ...



... y a los vaqueros del pueblo, entre ellos sus preocupados padres, que montados a caballo salían en tropel en su auxilio,






... tras una jauría que enloquecida corría siguiendo el hedor del oso.



Con terror, podíamos literalmente ver al gigantesco bisonte americano que papá describía, cuando en mitad de la noche sorprendía el descanso de los vaqueros; y nuestro miedo aumentaba al imaginar al furioso animal que se revolcaba en los restos de la fogata, echándose las brasas sobre el espinazo.



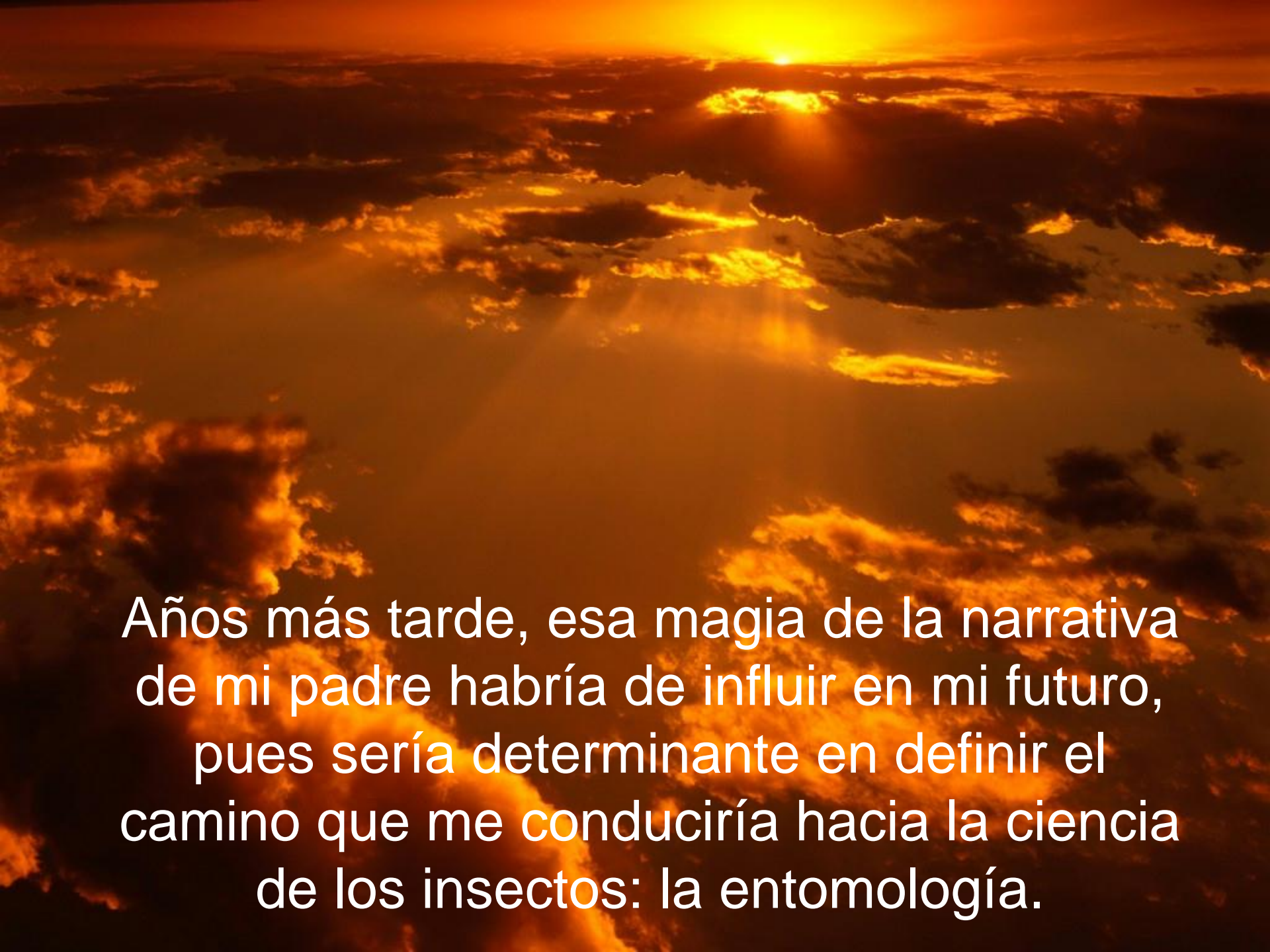
Los vaqueros en fuga —contaba papá sin darnos reposo—, aún escuchaban a kilómetros de distancia los mugidos que hacían eco en las montañas. (Y él mugía “¡Mmuuuuhh...!” ¡y nosotros nos escondíamos bajo las sábanas!)



¡Y vaya el momento final!: El oso rugía acorralado por los perros y erguido en la boca de una cueva, su último refugio, sostenía en vilo a los niños robados, que aún vivos, lloraban a gritos.

Sin darnos cuenta,
el relato nos
envolvía hasta que
excitados y
temerosos caíamos
dormidos.





Años más tarde, esa magia de la narrativa de mi padre habría de influir en mi futuro, pues sería determinante en definir el camino que me conduciría hacia la ciencia de los insectos: la entomología.

Era apenas un
niño cuando la
pasión por los
insectos echó sus
raíces en mi ser.





Estudiar, tocar o simplemente admirar a esas criaturas minúsculas de seis patas y con cabeza adornada con un par de antenas, se volvió parte de mi mismo.



Recuerdo que me sentía asombrado con sus múltiples formas y colores, sorprendido del contraste de sus tamaños y hábitos.



Fue en ese tiempo
sin el “*Discovery
channel*” que
descubrí a esos
seres fascinantes en
su mundo natural.



En esos primeros años, una insignificante charca de aguas estancadas, era una pantalla gigante de televisión que me mostraba en todo su esplendor multicolores caballitos del diablo de fugaz vuelo.

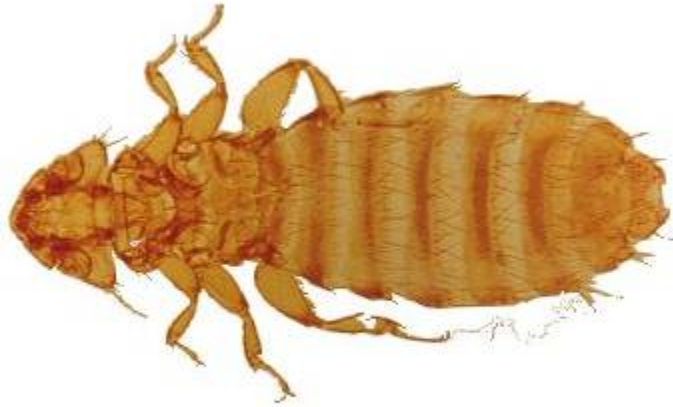
De igual manera, un rosal en el jardín de casa era un espectáculo sin igual de globosos y apenas perceptibles pulgones verdes, ...



... que atiborraban las hojas tiernas y se agitaban al unísono con mi presencia. **borraeso**

No pocas veces un animal muerto repleto de larvas blancas en retorcido movimiento y el barullo de la nube de moscardones verdes y azules, fue un manjar —a pesar del tufo maloliente— para mi curiosidad.



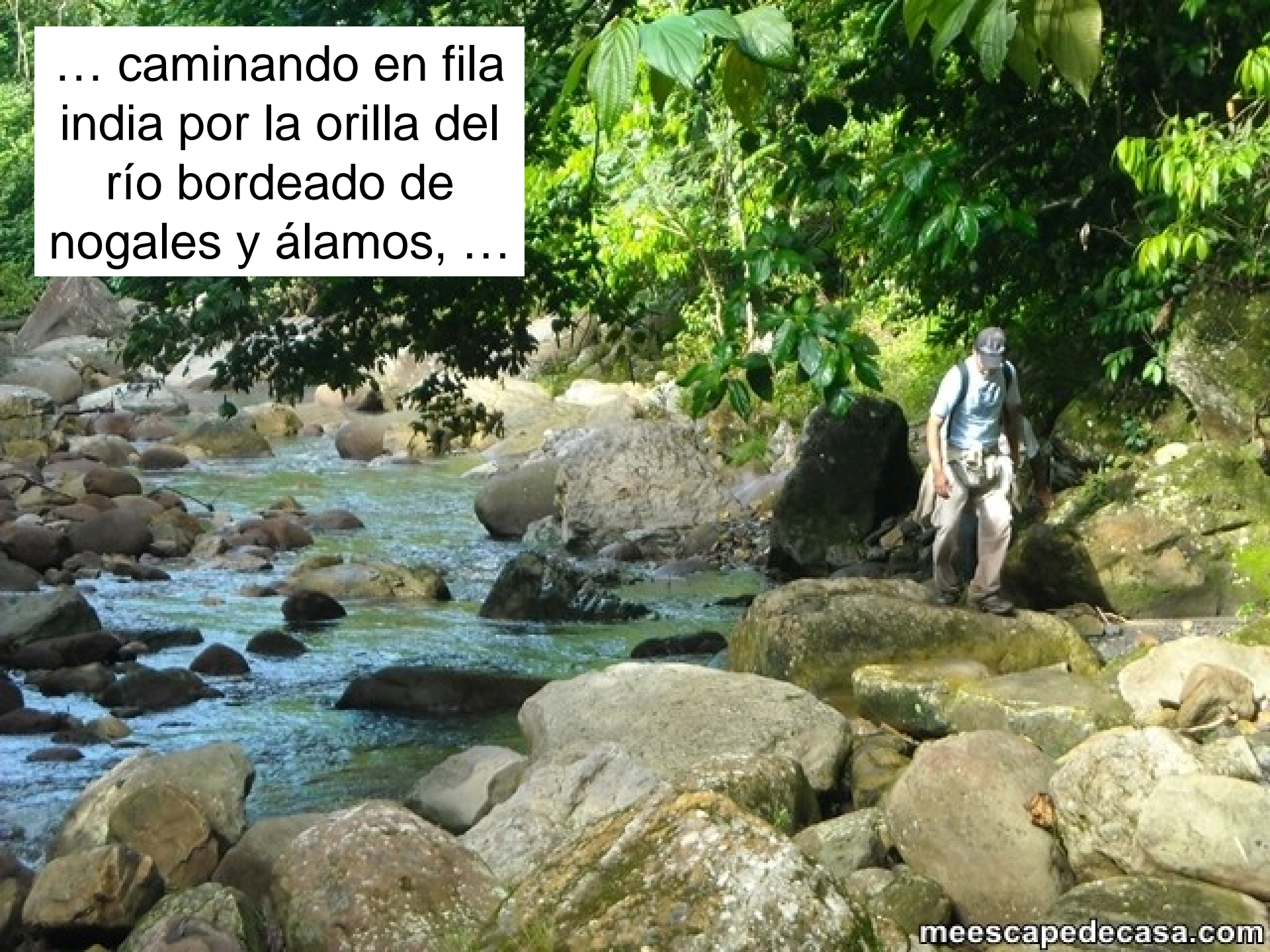


Y qué decir de aquellos escurridizos pero asombrosos piojos blancos que de las pobres gallinas de la abuela hacían su hogar.



En aquella época de ensueño, un viaje por el campo un día soleado con los amigos, ...

... caminando en fila india por la orilla del río bordeado de nogales y álamos, ...





... corriendo despavoridos por alfalfaes verdes...

... o escabulléndonos
en las huertas de
manzanos y
duraznos para cortar
sin permiso grandes
y jugosas frutas para
satisfacer el hambre
y la sed, ...





... se interrumpía infinidad de veces para recoger aquí a un escarabajo que brillaba como una esmeralda, ...



... o por allá
perseguir a una
mariposa de alas
amarillas que en
vuelo errante
parecía jugar con
nosotros.



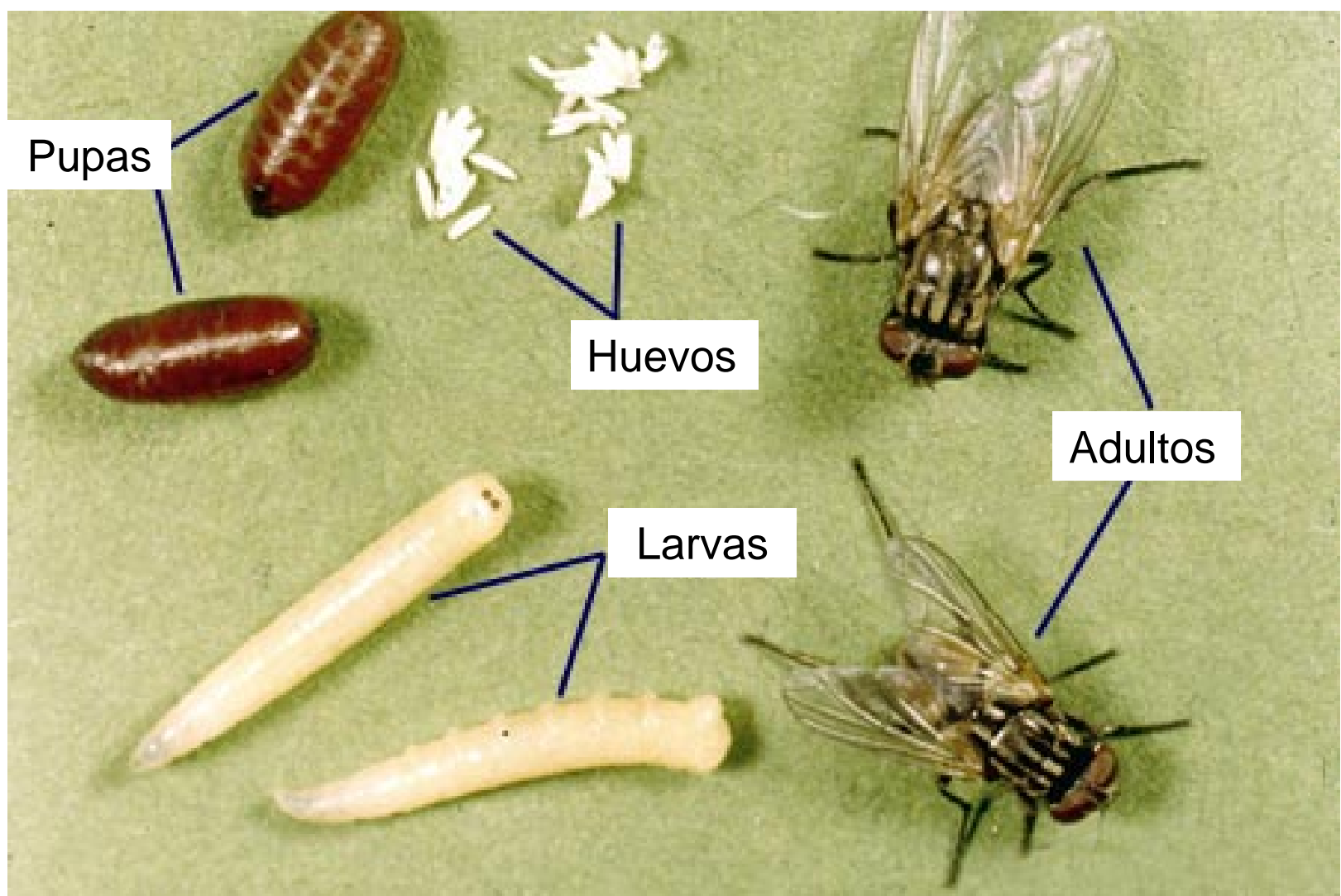
En casa, el
entretenimiento
continuaba con
la tarántula en
el bote...



... y el perrito de la pradera en la caja de cartón, que
bajo mi cama, ...



... hacían compañía al hormiguero que anidaba en un frasco vacío de mermelada y cuyas galerías y el trajinar de sus hormigas de cola roja, contemplaba absorto.



Casi adolescente, recuerdo la euforia que sentí al descubrir que las moscas bebés... ¡eran gusanos! ¡Les juro que ese primer contacto con la metamorfosis de los insectos fue para mí como el “Eureka” de Arquímedes!

Entomología



En ese entonces, no sabía que el estudio de los insectos era el campo de la entomología, mucho menos que a los estudiosos de estos bichos se les llamaba entomólogos.



Tampoco imaginaba que esa pasión por los insectos podía cultivarse en una profesión para ganarse la vida.



Un día —el menos pensado por cierto—, mi padre me preguntó que qué quería estudiar al terminar el bachillerato.



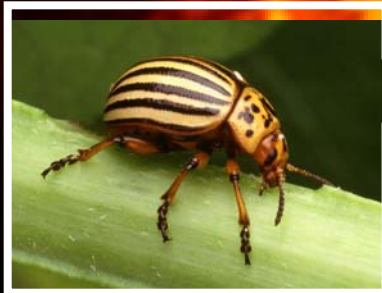
Recuerdo que su pregunta me molestó porque no supe qué decir, y lo miré a la defensiva.



Él, tolerando mi actitud de preparatoriano rebelde y con la sapiencia que da criar a seis hijos, no tardó en descubrir mi pasión por los insectos, el pasatiempo desde que era niño.



Y entonces, con aquella magia del relato que solo a él le conocía, me dio *su versión* de los insectos, esa del ingeniero agrónomo que era.



Poco a poco fue desplegando ante mi asombro un mundo donde estos bichos tenían otros nombres, otros rostros y una importancia que desconocía.

Gusano elotero

Palomilla de la manzana

Picudo del algodónero

Embelesado escuché de sus labios —aquellos labios finos adornados con grueso mostacho—, que muchos insectos son plagas de los cultivos; me habló del gusano elotero, del picudo del algodónero, de las plagas del nogal, del manzano, del frijol...



... de los campesinos que pierden sus cosechas por las plagas...



... y de los agrónomos que las estudian y combaten.

Ese relato sobre los insectos fue una revelación para mí, lo demás ya es historia: A los pocos meses cerraba un capítulo de mi vida al alejarme de mi pueblo querido con mochila al hombro y lleno de ilusiones.





Hoy, en retrospectiva, me doy cuenta que gracias a mi padre hallé en la agronomía la fuente de la entomología; en sus aguas cristalinas y puras bebí de mis maestros los conocimientos formales sobre los insectos y aprendí a comprender su relación con los cultivos y el hombre. Allí me brindaron las bases para ser un entomólogo “de a de veras”.



No mucho después, por motivos de trabajo había cambiado el árido y parco desierto norteño por la exuberancia verde y húmeda selva del sureste mexicano.

El Tacaná



Tapachula



ECOSUR



El Colegio de la Frontera Sur



Foto tomada: Depto. Informática

En mi nuevo terruño tropical, para mi deleite inmerso en un mar de insectos, muy pronto uno llamaría mi curiosidad; un insecto plaga que sin saber habría de ocupar por muchos años el cien por ciento mi esfuerzo mental y físico.



La Broca del café

Me refiero a la broca del café o “*Hypothenemus hampei*” en la jerga entomológica.



Principales plagas del café en Soconusco y Sierra de Chiapas

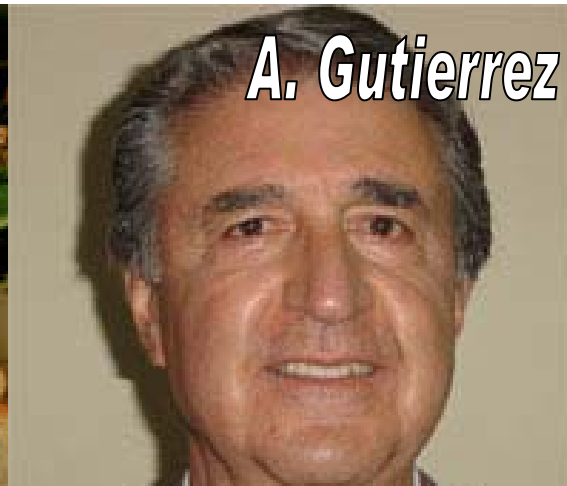
Para mi fortuna, los insectos continuaron en mi camino, mas en esta ocasión como parte de mi trabajo. Ser entomólogo tiene muchas facetas y sin duda que mis colegas y amigos tendrán otras historias que contar.



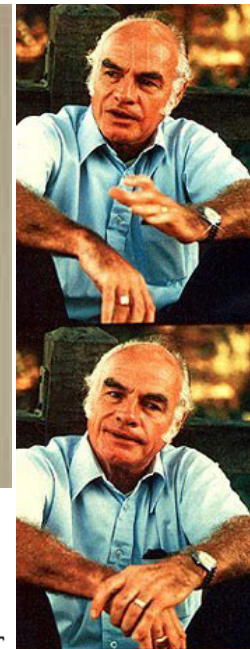
Uno de mis maestros solía decir que los entomólogos son como “comodines de un juego de naipes”, aludiendo al hecho que pueden insertarse en muchos contextos. Por ello no extraña saber que muchos agrónomos como muchos biólogos, forestales, químicos o médicos surgieron de, o se consolidaron en la entomología.



E.O. Wilson



A. Gutierrez



R. van den Bosch

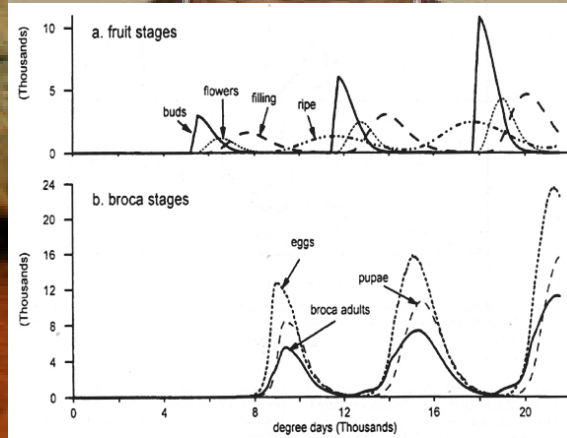
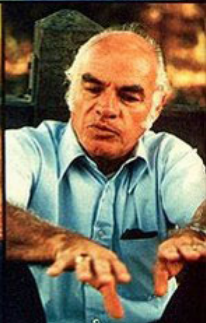
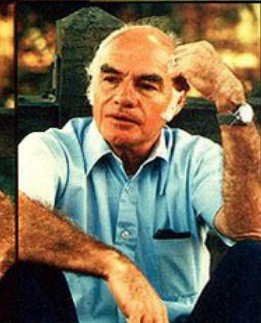
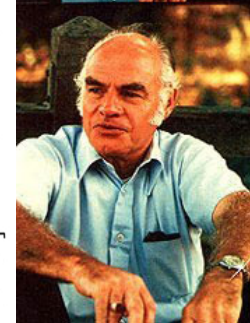
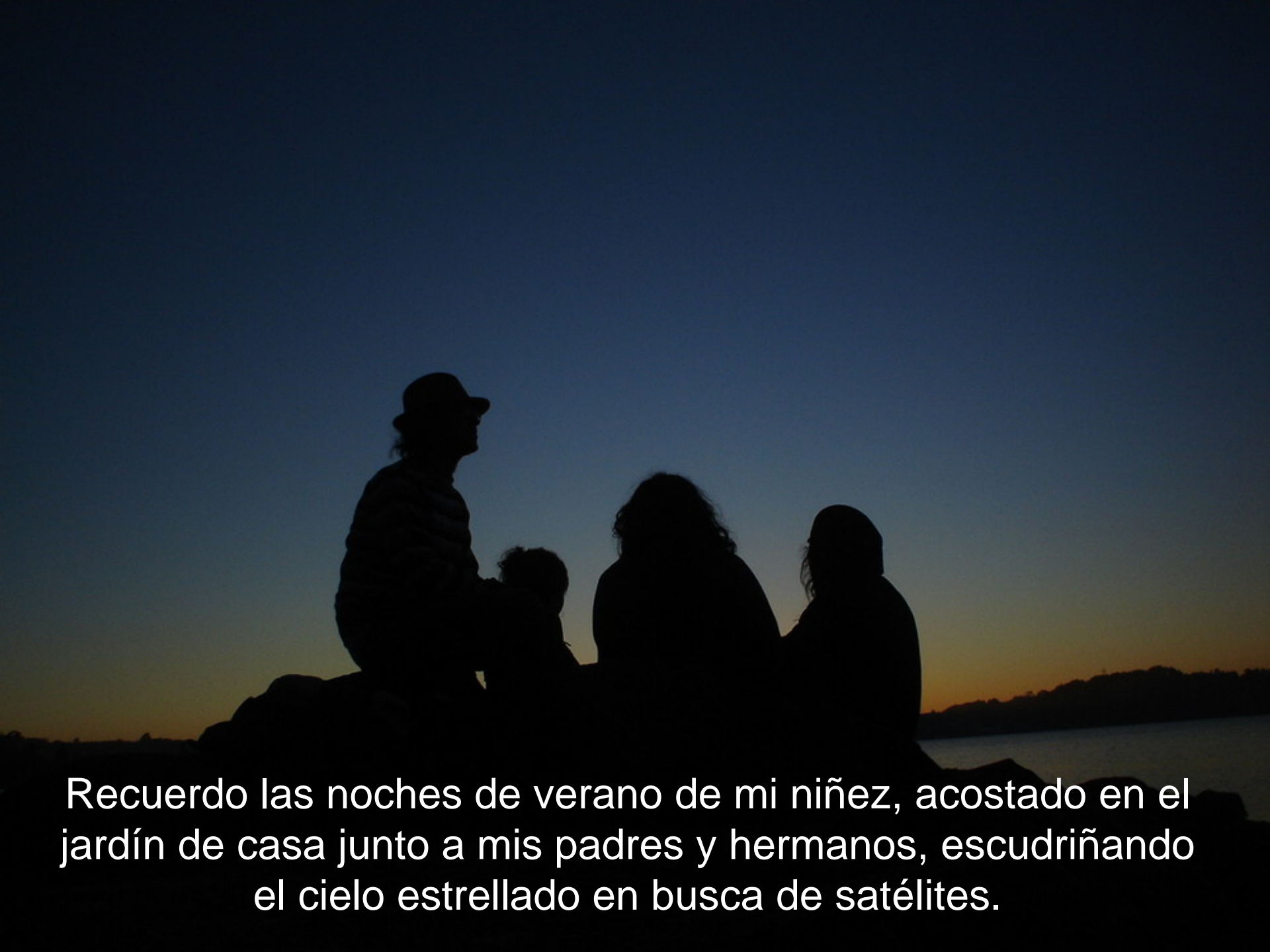



Figure 9. Simulated fruit (a.) and borer (b.) phenology over a five year period.

A entomólogos ilustres debemos el desarrollo de la sociobiología, los modelos matemáticos tri-tróficos o el manejo integrado de plagas.

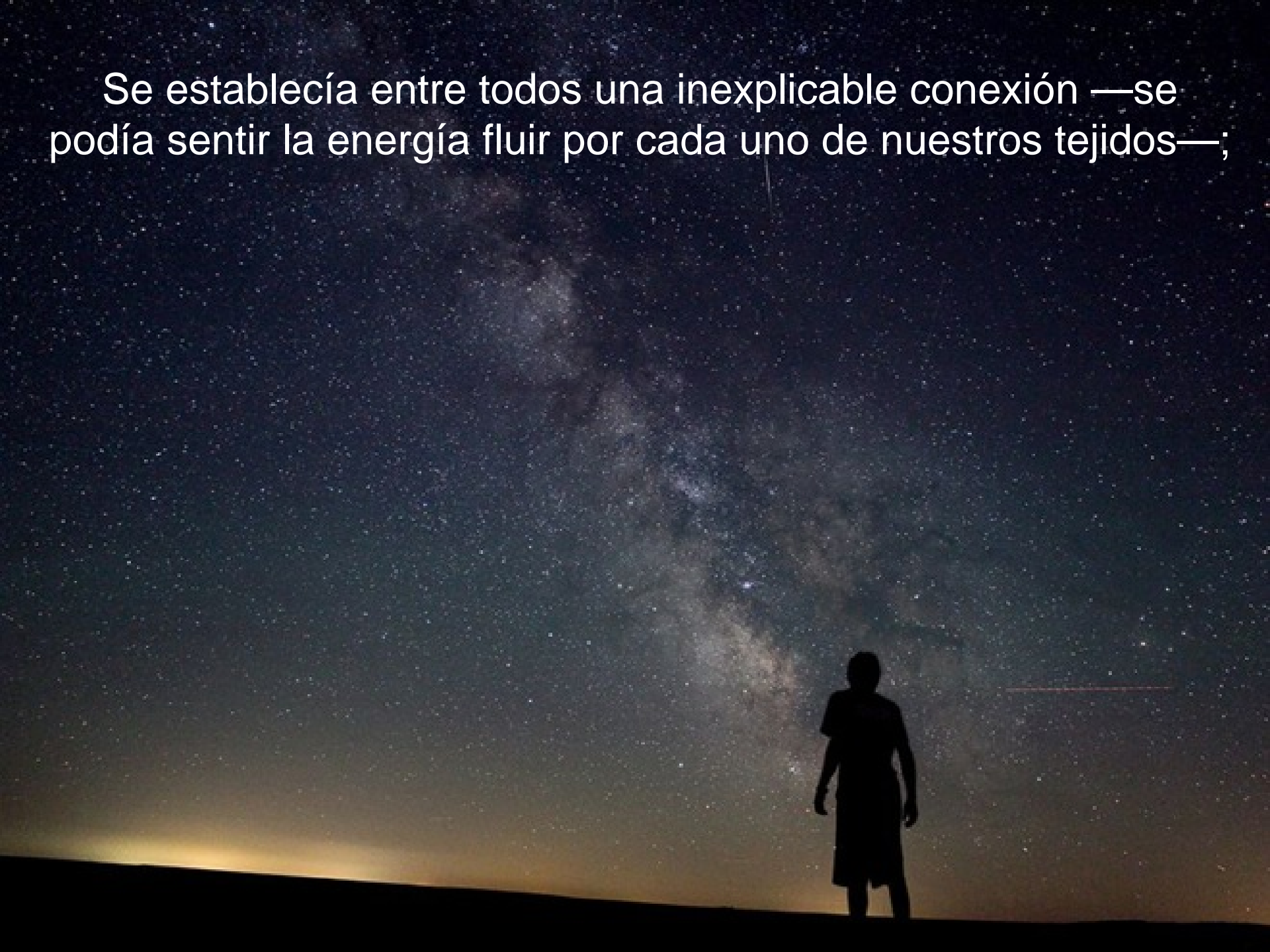


Recuerdo las noches de verano de mi niñez, acostado en el jardín de casa junto a mis padres y hermanos, escudriñando el cielo estrellado en busca de satélites.



“¡Allí va uno!”, de pronto alguien decía, y absortos contemplábamos un puntito luminoso como una estrella que cruzaba veloz el firmamento hasta perderse en la noche negra.

Se establecía entre todos una inexplicable conexión —se podía sentir la energía fluir por cada uno de nuestros tejidos—;





... éramos como una familia de homínidos —imagino—
contemplando por primera vez un eclipse un día en la prehistoria.



Pero ¡hay...! el encanto de esos momentos mágicos no duraba mucho: los mosquitos —esos ingratos chupa sangre que papá decía que parecían golondrinas—, se las ingeniaban para ahuyentarnos.



Para mí, ser entomólogo ha significado saber que detrás de nuestros momentos más preciados y únicos siempre está un insecto para estudiar, tocar... ¡o simplemente admirar!

A close-up photograph of a bee's head, showing its large compound eyes, antennae, and mouthparts. The bee is dark in color with some yellow markings. The background is a soft, out-of-focus green. Overlaid on the center of the image is the email address jbarrera@ecosur.mx in a white, bold, italicized font with a black outline.

jbarrera@ecosur.mx